

ALGUNOS MODOS DEL ENSAYO CONTEMPORÁNEO*

Gustavo Guerrero

A Liliana Weinberg

Una de las referencias más conocidas e insoslayables en la historia del ensayismo latinoamericano es, sin lugar a duda, “Y va de ensayo”. Se trata de aquella célebre conferencia que, en el marco de un ciclo sobre los géneros literarios, Mariano Picón-Salas dictó en la Universidad Santa María de Caracas en 1954. No fue la primera ni la última vez en que el gran maestro quiso ofrecernos una reflexión sobre los rasgos o atributos de este tipo de escritura con el cual ya para entonces, y después de la publicación de *De la Conquista a la Independencia* (1944), solía identificársele no sólo en Venezuela sino en otros países de América Latina. Sin embargo, aquella conferencia sí fue, o sí es, el texto de nuestro humanista donde la inquisición sobre la naturaleza del ensayo adquiere un perfil más juguetón y performativo, y se traduce explícitamente en un *ensayar*, o en un *hacer un ensayo*, que realiza y ejemplifica las propiedades del gé-

* Una versión temprana de este ensayo se publicó bajo el título de “Modos, rutas y derivas del ensayo contemporáneo: de la tierra firme al mar sin orillas”, en la *Revista de la Universidad de México*, núm. 126 (2014), pp. 63-75.

nero, tal y como se le entendía en aquel momento dentro del campo literario latinoamericano.¹

Casi sesenta años más tarde, en este presente que nos ha tocado en suerte, tratar de *ensayar* o de *hacer un ensayo sobre el ensayo*, a la manera del maestro venezolano, parece un ejercicio bastante más problemático y arriesgado, por no decir sencillamente temerario o imposible. Liliana Weinberg tiene razón cuando nos advierte que hemos pasado del periodo normalizador de un ensayo “en tierra firme” a los tiempos revueltos de un ensayo “sin orillas”, como el río del título de Juan José Saer.² Ya no resulta tan viable o factible discernir rasgos o características determinantes del género, ni menos aún ejemplificarlos a través de la ejecución de un texto. Tampoco se pueden proponer clasificaciones o muestrarios que aspiren a cumplir una función análoga: “No hay tipologías, hay solamente modos del ensayo”, ha decretado Beatriz Sarlo.³ A principios del siglo XXI, tenemos que conformarnos sin duda con algo menos brillante y más modesto, menos elevado y más simple, acaso con un puñado de comentarios que, problematizando el acto de escritura, bien podrían tomar como punto de partida la dificultad misma de emular a Picón-Salas y podrían transformarla en un tema explícito y peculiar sobre el que se puede *ensayar* o *hacer un ensayo sobre el ensayo*.

Me gustaría así dedicar el espacio de que dispongo a comentar diversamente esta dificultad no con el fin de elaborar una eventual definición del ensayo contemporáneo, algo que está totalmente fuera de mi alcance, sino con el objetivo

¹ Mariano Picón-Salas, “Y va de ensayo” [1954], *Viejos y nuevos mundos*, selección, prólogo y cronología de Guillermo Sucre, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1983, pp. 501-505.

² Liliana Weinberg, “El ensayo latinoamericano entre la forma de la moral y la moral de la forma”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza, Argentina), año 8, núm. 9 (2007), p. 112.

³ Beatriz Sarlo, “Del otro lado del horizonte”, en *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literarias* (Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, UNR), núm. 9 (diciembre de 2001), p. 31.

de describir y de analizar algunos de los cambios contextuales que inciden hoy en la producción, la circulación y las formas de lectura de diferentes modos del ensayo. Para ello, voy a plantearme dos preguntas. La primera tiene que ver con la evolución reciente de las relaciones entre ensayo y literatura, y podría resumirse en la fórmula *¿dónde se sitúa hoy el ensayo en la economía de los géneros?* La segunda se referiría más bien a la cuestión de los vínculos entre ensayo y latinoamericanismo, y podría cifrarse a su vez en la oración *¿qué ha sido del viejo y central debate sobre una cultura latinoamericana en el ensayo de las últimas décadas?* Ambas interrogantes deberían servirnos, creo, para evaluar mejor la distancia que nos aleja del concepto del género en Picón-Salas y para acercarnos un poco más a la historia de las continuidades y rupturas que signan el tránsito entre el modelo del ensayo “en tierra firme” y el momento actual de una escritura ensayística “sin orillas”.

I

Quizás podríamos partir justamente de esta expresión y señalar que la carencia o la ausencia de orillas no afecta hoy solamente al ensayo sino, de una manera más general, a la literatura toda. No podía ser de otro modo, ya que la escritura ensayística se posiciona tradicional y estratégicamente como una de las fronteras del campo literario y de su estructura genérica. Sabemos que la progresiva desaparición o relativización de sus linderos internos y externos ha marchado al unísono, en los últimos treinta años, con una multiplicación de las formas híbridas, mestizas o mixtas; pero habría que añadir que coincide además con el proceso de descentramiento de la propia institución literaria, que ha ido perdiendo su tradicional lugar preeminente en nuestras sociedades. Y es que, al igual que otras prácticas artísticas

y discursivas, la literatura no escapa del reacomodo que se está produciendo durante este período de transición entre una cultura de lo escrito y otra, no de la imagen, sino de una vasta convergencia mediática que está redefiniendo el papel de la escritura entre los distintos vectores de información dentro de un espacio comunicacional saturado y cuyos diversos soportes imponen patrones novedosos a la inserción de textos. Todavía es temprano para vislumbrar lo que pueda suponer la desaparición del libro de papel o incluso del actual libro electrónico como modos de circulación exclusivos de la producción literaria; pero lo que sí se puede constatar es que las orillas de la literatura se difuminan hoy en una dilatada y nebulosa zona de contacto inmaterial donde las combinaciones inter y transmediales no sólo están creando una nueva plástica en la relación entre textos e imágenes, sino que inciden en la plasticidad misma de los modelos genéricos al reubicarlos al interior de una totalidad heterogénea e indiferenciada. Vicente Luis Mora sostiene en un ensayo reciente⁴ que la tecnología ha creado un sistema de continuidades sin precedentes y que, como producto de su época, la novela actual se presenta caracterizada por las relaciones que establece entre literatura, imagen, sociología, arte, música, ciencia y tecnología, entre otras muchas y diversas áreas. Pero también la poesía y el ensayo se escriben hoy dentro de esa continuidad inédita, que es ya como un dato de la sensibilidad contemporánea. Aún más, no es improbable que de ella provenga la impresión de la cercanía o inminencia de ese horizonte que algunos críticos, inspirándose en el pensamiento de Jacques Rancière y Alain Badiou, describen como el de la condición post-autónoma o post-estética de la literatura en nuestro momento presente.⁵

⁴ Vicente Luis Mora, *El lectoespectador*, Barcelona, Planeta, 2012, p. 68.

⁵ Josefina Ludmer, *Aquí América Latina*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010; Mehdi Behhaj Kacem, *Inesthétique et mimésis. Badiou, Lacoue-Labarthe et la question de l'art*, Paris, Éditions Lignes, 2010.

Con esta expresión se refieren a la acelerada dinámica de intercambios con que la literatura actual tiende a fundirse y a confundirse con otras prácticas y discursos que antes podían serle exteriores o ajenos, o incluso con la suma de los mensajes desmaterializados que traen y llevan los medios de comunicación a todo lo largo de nuestra aldea planetaria.

Lo post-estético o lo post-autónomo designaría así la situación paradójica de una literatura cuyos modos de formalización de lo real, o cuya fábrica de lo sensible, para decirlo como Rancière, acusan la inestabilidad de su diferencia en el contexto que ahora constituyen la totalidad de lo escrito y las nuevas prácticas inter y transmediales que configuran nuestro espacio comunicativo. “Muchas escrituras de los 2000 —señala Josefina Ludmer— atraviesan la frontera de la literatura (los parámetros que definen qué es literatura) y quedan afuera y adentro, como en posición diaspórica: afuera pero atrapadas en su interior. Como en éxodo”.⁶ Y luego añade unos párrafos más adelante:

Las literaturas post-autónomas del presente saldrían de la literatura, atravesarían la frontera y entrarían en un medio (en una materia) real-virtual, sin afueras, la imaginación pública: en todo lo que se produce y circula y nos penetra y es social y privado y público y real. Es decir, entrarían en un tipo de materia o en un trabajo social donde no hay índice de realidad o de ficción...⁷

¿Dónde ubicar hoy el ensayo en este entorno tan cambiante y móvil? ¿Dónde se le puede situar ante la erosión de las clasificaciones, las oposiciones y las divisiones tradicionales entre distintas formas de escritura y ante la aparición de nuevas modalidades de coexistencia indiferenciada que borran las antiguas identidades literarias? Es innegable

⁶ Josefina Ludmer, *op. cit.*, 151.

⁷ *Ibid.*, pp. 155-156.

que, en la actualidad, se siguen escribiendo, publicando y leyendo ensayos dentro del antiguo régimen estético o autónomo, y en el formato del libro de papel (aunque, como veremos luego, tampoco en este campo las cosas son tan simples o evidentes como parecen). Pero también es cierto que el ascenso de un régimen post-estético o post-autónomo ha significado el surgimiento de nuevos modos del género que han venido a potenciar su vocación original de apertura, mestizaje y síntesis. Efectivamente, nuestro centauro es hoy un mutante que ha logrado realizar algunas de sus posibilidades antes latentes y se ha reinventado más allá de sí mismo, gracias en muy buena medida a la revolución tecnológica, pero también gracias a los cambios que han ido introduciendo el mercado y la evolución de los estudios humanísticos.

Cuando hablo de la revolución tecnológica, no me estoy refiriendo tan solo al hecho de que hoy se editen ensayos digital o electrónicamente ni a que se les ponga a circular por la Red. Tampoco aludo a la aparición o a la proliferación de revistas y suplementos literarios que editan ensayos *on line*. Me refiero, esencialmente, y como ya muchos de ustedes lo habrán adivinado, a lo que ha significado el surgimiento del blog como uno de los horizontes del ensayismo contemporáneo.

Ante todo, aclaremos que no estamos hablando de un género ni menos aún de un género literario: el blog es básicamente un soporte digital multimedia que puede acoger y, de hecho, acoge las modalidades de escritura más distintas, desde el periodismo a la novela, pasando por el diario, las crónicas de viaje y hasta las informaciones de algún restaurante o alguna asociación de vecinos. Entre sus muchos huéspedes, no faltan sin duda las escrituras ensayísticas y, en particular, aquellas que se despliegan en los blogs calificados de “literarios”, es decir, no sólo (o no tanto) los que tratan de asuntos de literatura sino más bien (y so-

bre todo) los que entienden creativamente los problemas y las alternativas que se le plantean a la escritura literaria con la proyección del ensayo hacia el ciberespacio en un formato post-autónomo y multimedia. Estoy pensando, por ejemplo, en el blog del ya citado Vicente Luis Mora, *Diario de lecturas*,⁸ que se compone principalmente de ensayos de crítica literaria y donde la matriz dialógica del género deja de ser una figura retórica, para convertirse en una realidad comunicativa a través del frecuente intercambio de opiniones e informaciones entre el ensayista y sus lectores. Estoy pensando asimismo en el blog del escritor argentino Daniel Link, *Linkillo*,⁹ donde se asocian brevedad, autobiografía, crónica y crítica en un conjunto de fragmentos o apuntes que deben caber en el espacio justo de una pantalla y cuyos numerosos enlaces invitan a una navegación que puede ser infinita.

Varios universitarios que han trabajado recientemente en el tema, como Stefano Tedeschi o Mario Martín Gijón, han puesto de relieve justamente esta interactividad, amplitud y plasticidad del blog que lo convierten en un soporte idóneo para la ensayística actual. Ambos han destacado además el rol a la par alternativo y complementario que el blog quiere desempeñar socialmente al crear nuevas comunidades de lectores de ensayos que recuerdan muchas veces a las de las tertulias o incluso a las de los cenáculos vanguardistas, pues se erigen a menudo en grupos independientes o marginales que reivindican una libertad de expresión y de opinión que, según ellos, ya no existiría en el mundo literario fuera de la Red.¹⁰ Sin embargo, habría que anotar asimismo que dichos

⁸ Disponible en: <http://vicenteluismora.blogspot.com/>

⁹ Disponible en: <http://linkillo.blogspot.com/>

¹⁰ Mario Martín Gijón, "La blogosfera en el campo literario español. ¿Espacios en conflicto o vanguardia asimilada?", en Sandra Montesa, ed., *Literatura e Internet. Nuevos textos, nuevos lectores*, Málaga, Universidad de Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2009, pp.

públicos son bastante más volátiles de lo que parecen y que la cuestión de la persistencia y la valoración de estos modos del ensayo no puede dejar de plantearse, insertos como están en el tráfico y en la navegación dentro del ciberespacio. Y es que, por un lado, la condicionalidad literaria de la escritura ensayística, que depende de su reconocimiento, puede volverse imperceptible al dispersarse los públicos estructurados en torno a un horizonte de apreciación común y, por otro, la continua exposición a medios, formas y lenguajes distintos bien puede traducirse a la larga en una simple indiferenciación que le reste necesidad a la afirmación o a la discusión de un valor literario del género.

El régimen post-autónomo o post-estético implica estos y otros riesgos de cara al porvenir y además nos trae la pregunta por la manera cómo se han de leer mañana muchos ensayos de los siglos anteriores, pues a lo que estamos asistiendo simultáneamente es a un cambio general en la sensibilidad y en las maneras de conocer, dado que la actual metamorfosis de las identidades literarias no sólo procede del impacto de la revolución tecnológica sino que resulta a la vez, de transformaciones en la gestión del mercado del libro y de reajustes en el campo de los saberes humanísticos.

Para referirme a aquellas, quisiera citar el título de uno de los volúmenes de la historia de la literatura argentina que, bajo la dirección de Noé Jitrik, se publicó en Buenos Aires a principios de este siglo: *La narración gana la partida* (2000). Creo que refleja una situación en la que se deja sentir con fuerza la influencia del mercado, como lo reconoce la editora de ese volumen, Elsa Drucaroff, en su introducción.¹¹ Me refiero básicamente a la entronización de la novela como el género más característico y difundido

355-366; Stefano Tedeschi, "El blog: una nueva frontera del ensayo", *Revista Iberoamericana*, núm. 240 (julio-septiembre, 2012), pp. 657-680.

¹¹ Elsa Drucaroff, ed., *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 11, *La narración gana la partida*, Buenos Aires, Emecé, 2000, p. 8.

de la literatura contemporánea, un hecho que no podemos dejar de tener en cuenta si vamos a hablar hoy de la posición del ensayo. Porque puede que nos guste o no, pero lo cierto es que basta entrar en cualquier librería y tener algo de memoria, para comprobar que, en las tres décadas que han pasado, la novela ha ido ocupando cada vez más espacio en detrimento de otros géneros que, como la poesía o el propio ensayo, han tenido que migrar hacia soportes digitales o se han visto confinados a circuitos de circulación más restringidos. Actualmente, entre todo lo que se ofrece como literatura en las librerías de América y España, la novela es de lejos el rubro más importante y su mayor difusión está teniendo consecuencias significativas tanto en la construcción social de la imagen del escritor como en la disminución de la influencia de los demás géneros en la cultura escrita y en su enseñanza a nivel medio y superior. No en vano las palabras “novela” y “literatura” son empleadas cada vez más como sinónimos en la prensa.

La influencia del mercado en este proceso resulta a la vez de la generalización de las políticas neoliberales y de la formación de los grandes grupos empresariales de comunicación que, desde los años sesenta, han ido incorporando la edición al universo de las industrias culturales de masas. André Schiffrin nos recuerda que, con la aparición de estos grupos y con el cambio en las expectativas económicas dentro del sector, el libro ha tenido que sufrir la comparación con otros productos de mayor rendimiento, como la música o el cine, y así se ha visto progresivamente sometido a criterios de exigencia comercial que han ido multiplicando por tres o cuatro las tasas de beneficio, pasando desde un 3% hasta un 12% o un 15%.¹² Huelga subrayar que obtener tales resultados con un libro de poesía o un ensayo es bastante más difícil que con una novela, pues el género nove-

¹² André Schiffrin, *La edición sin editores*, Barcelona, Destino, 2000, p. 124.

lesco no solo es el que tradicionalmente ha gozado de un público más extenso sino el que mejor ha sabido cultivarlo y ampliarlo socialmente a través del tiempo. Recordemos que uno de los principales mecanismos de evolución de la novela moderna reside en la capacidad del género para incorporar y reelaborar los productos de la narrativa popular, como el folletín, la literatura fantástica o la policial. De ahí que la apuesta del sector editorial por la novela en los últimos treinta años sea al mismo tiempo una apuesta neoliberal por la posibilidad de aumentar continuamente sus volúmenes de mercado y masificar la lectura.

En lo que nos concierne, la otra cara de la moneda es la creciente dificultad para editar y difundir comercialmente otros géneros que, como el ensayo, no disponen históricamente de un público tan numeroso. Ya he insinuado que el desarrollo de una ensayística en la Red responde en parte a este problema. Pero no se trata de la única respuesta. Porque hay otra u otras bastante más creativas que marcan los nuevos rumbos del género o que han venido a activar y a realizar posibilidades que, por su versatilidad misma, la prosa ensayística ofrecía desde sus comienzos. Confrontado a la reducción de sus espacios de publicación, el género ha tendido así a reinventarse más allá de sí mismo, pero echando mano de sus propios recursos. Como existe ya una bibliografía impresionante sobre este tema, para explicarlo diré simplemente que, pasando de lo deliberativo a lo narrativo y de la discusión a la relación, un importante sector del ensayo latinoamericano contemporáneo ha acabado cruzando la frontera entre ficción y no ficción, y hoy cohabita con la novela y el cuento, si acaso no se puede alegar que ha adoptado tácticamente sus convenciones narrativas y hasta su apariencia. Otro manera de decirlo es escribiendo que la lección del cuentista Jorge Luis Borges, bien asimilada por la generación de Alejandro Rossi y de Sergio Pitól, ha ido adquiriendo unas dimensiones insospechadas dentro de

nuestra prosa contemporánea, hasta el punto que, en la actualidad, mucha de nuestra mejor ensayística y, en particular, la de crítica literaria, corre infusa en la ficción narrativa o se presenta como tal.

Es verdad que, ya hacia 1945, Medardo Vitier señalaba la existencia de un contenido ensayístico de la novela, pero no lo es menos que este derrotero adquiere unas dimensiones sin precedentes en los últimos años. Sobran autores que reúnan las dos escrituras y aun estudios de sus articulaciones en la obra de Enrique Vila-Matas o Roberto Bolaño, de Margo Glantz o Rodrigo Fresán, de Jorge Volpi o Alan Pauls. Las líneas de demarcación han tendido a borrarse con ca

da uno de ellos y su porosidad ha ido creando relaciones de interdependencia inesperadas no sólo entre dos tipos de discurso antes separados sino entre dos modalidades de lectura antes excluyentes. Pues junto a la ficción narrativa, habría que hacerle un lugar ahora a una ficción ensayística que cohabita con ella pero que, acaso en un futuro, pueda reivindicar un cuarto propio. Más allá o más acá de la evidente maniobra comercial, no es otro quizás el derrotero que anuncia la cada vez más frecuente publicación de ensayos en colecciones que antes se reservaban al cuento y a la novela, como ha sido el caso con la aparición de *La fiesta vigilada* (2007) de Antonio José Ponte y de las *Formas breves* (2000) y *El último lector* (2005) de Ricardo Piglia en la colección Narrativas Hispánicas de la editorial Anagrama. Publicarlos de esta manera es un modo de invitarnos a leerlos de otra manera y es un modo de abrir nuestro horizonte de recepción genérica hacia un concepto distinto del ensayo que, reubicándolo dentro del campo literario y redefiniendo su lugar en él, incluya entre sus variedades y categorías las de ficción y no ficción.

Tal mudanza de la escritura ensayística en pos de un público más extenso, que sirve como de contrapeso a las políticas editoriales del mercado, no es del todo ajena evidente-

mente al sistema de continuidades genérico-mediáticas que ha creado la revolución tecnológica ni tampoco, creo, a ese tercer factor que ha ido modelando la sensibilidad contemporánea y he descrito antes como una reestructuración de los saberes humanísticos. Con ello me refiero al cambio de modelo académico que se produce en nuestras universidades entre los años ochenta y noventa del pasado siglo y cuyo resultado más palmario ha sido la entronización de los estudios culturales y el descentramiento de los estudios literarios.

No voy a volver aquí sobre las polémicas que acompañaron dicho proceso ni sobre las resistencias que suscitó y aún sigue suscitando. Baste indicar que los estudios culturales no solo trajeron consigo una ampliación de objetos y de métodos de estudio, sino que implicaron una crítica radical del lugar de la literatura como expresión de una cultura superior o letrada cuyo elitismo condenaba a los limbos de la trivialidad, o a los infiernos de la alienación, a los productos de la cultura popular o de masas. Al exigir un lugar para ellos, los estudios culturales reorientaron nuestra atención hacia todos aquellos aspectos más cotidianos o ignorados de la vida social y provocaron una traslación de terminologías y de instrumentos de investigación hacia esos nuevos territorios, lo que no podía menos que contribuir a borrar las fronteras ideológicas y valorativas entre la escritura literaria y otras prácticas simbólicas de nuestras sociedades. Pero la cosa no acaba allí. Como escribió en su momento Nelly Richard:

Además de esta contaminación de fronteras entre lo culto y lo popular, lo simbólico y lo cotidiano, los estudios culturales sacaron la noción de "texto" del ámbito reservado y exclusivo de la literatura para extenderla a cualquier práctica social cuya articulación de mensajes verbales o no verbales resultara susceptible de ser analizada en términos de una teoría del dis-

curso. Esta semiotización de lo cotidiano-social que borra la diferencia entre “texto” y “discurso” terminó desespecificando a su vez la categoría de lo literario en un contexto donde el protagonismo de la literatura —y el centralismo de su función en América Latina en los procesos de constitución imaginaria y simbólica de lo nacional y lo continental— había sido ya fuertemente desplazado por la hegemonía de los lenguajes audiovisuales y su imagen massmediática.¹³

Richard destaca cómo este proceso ha afectado asimismo el papel del intelectual y el crítico universitario en la gestión de la producción simbólica contemporánea; pero, para nuestro tema, lo esencial es que la rearticulación disciplinaria entre los estudios literarios y los estudios culturales, que se traduce en una transformación del campo de las humanidades, acarrea un rápido reconocimiento de nuevos objetos y subjetividades que impacta sobre los modos de apreciación, sobre los criterios de juicio e influye así decisivamente en la evolución del canon de nuestro ensayo contemporáneo. El sitio que actualmente ocupan en él figuras como la de los ya citados Nelly Richard y Néstor García Canclini parece impensable si no se tiene en cuenta tal fenómeno. Ambos autores y algunos otros marcan en los ochenta y los noventa del pasado siglo la emergencia de una ensayística latinoamericana inter y tras-disciplinaria, cuyos temas proceden ahora no solo de la literatura sino de ese intrincado repertorio de los estudios culturales donde alternan la cultura urbana, la antropología social, los massmedia, la política, la filosofía, la sociología, y, de un modo más general, la observación y el análisis de los cambios en las formas de vida colectiva en las diferentes ciudades y países del continente.

¹³ Nelly Richard, “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana”, en Daniel Mato, ed., *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2005, p. 465.

A mi modo de ver, el autor que hoy por hoy mejor encarna este gran viraje, hasta el punto de erigirse prácticamente en su emblema, es, sin duda alguna, Carlos Monsiváis. Con él, la escritura ensayística latinoamericana se incorpora plenamente al proceso de legitimación de los productos de la cultura popular o de masas en los imaginarios nacionales y continentales a partir de los años setenta. Libros como *Amor perdido* (1976), *Escenas de pudor y liviandad* (1988) o *Rostros del cine mexicano* (1993) son un testimonio de ello. Aún más, con Monsiváis, la escritura ensayística desborda sus límites genéricos y, formalmente, se acerca a la crónica periodística o tiende a confundirse con ella. “Monsiváis es un nuevo género literario”, dijo alguna vez Octavio Paz. Quizás suene un poco exagerado, pero, en cualquier caso, por sus libros pasa indudablemente otra de las fronteras o linderos del ensayo actual: el borde donde éste se reconfigura en las geometrías variables de un género híbrido o mestizo y cuyo público ya no es solo el de los lectores de literatura.

Como han tenido que reconocerlo resignados varios críticos y colegas, después de Monsiváis resulta, en efecto, muy difícil saber dónde termina el ensayo y dónde empieza la crónica, o viceversa. De hecho, muchos jóvenes cronistas actuales, que siguen el ejemplo del mexicano, se identifican por su intermedio con la tradición del ensayo y, repitiendo una divertida fórmula de Juan Villoro, reclaman para la crónica un estatuto literario análogo, que ya no sería el del centauro de Reyes, sino más bien el de “un ornitorrinco de la prosa”.¹⁴ Otros van incluso más lejos y consideran que la crónica es la sucesora o la legítima heredera del ensayo en su rol de estructurar hoy una visión de América Latina como conjunto, solo que dicha visión no se fundaría ya evidentemente en una Historia del Espíritu ni en una Historia de la Cultura sino que se construiría fragmentariamente a través de

¹⁴ Juan Villoro, *Safari accidental*, México, Joaquín Mortiz, 2005, p. 14.

una alianza entre investigación periodística, literatura y estudios culturales. De esta manera, así como antaño la colección Tierra Firme puso a circular a través de sus libros una cierta imagen global de América Latina por todo el continente, así, en la actualidad, la red de revistas que se constituye alrededor de publicaciones como la colombo-mexicano-argentina *Gatopardo*, o la peruana *Etiqueta negra* pondría en circulación continuamente un sinnúmero de crónicas-ensayos o de ensayos-crónicas que nos hablan desde y sobre distintos espacios locales de la vida y la cultura global de la región.

La Fundación Nuevo Periodismo Latinoamericano (FNLP), con sus talleres y sus seminarios internacionales, ha cumplido incontestablemente un rol capital en la creación de esta dinámica de intercambios que van del Río Grande a la Patagonia, pasando además por Nueva York, Miami y Barcelona. Pero lo que me interesa retener sobre todo es cómo el devenir crónica del ensayo marca hoy un momento de inflexión en la reapropiación de la problemática del latinoamericanismo y, por tanto, me permite comenzar a contestar a la segunda pregunta que me había hecho al comienzo. Porque estamos hablando de una preocupación que, ciertamente, no ha desaparecido de entre los temas principales del género aunque, como él, ha sufrido tal volumen de cambios que ya ni se la puede describir ni se la puede leer de la misma manera que antaño. La distancia entre la tradición del ensayo en tierra firme y el actual ensayo sin orillas se deja sentir de una manera muy especial en este punto, pues, si Picón-Salas concebía su ensayística como parte del proyecto de dibujar un mapa cultural de la unidad latinoamericana, varios modos del ensayo contemporáneo se definen más bien como intentos por desdibujar dicho mapa y acusan la caducidad de la idea de América Latina que se quiso representar con él. A la pregunta *¿qué ha sido del viejo debate sobre una cultura latinoamericana en la escritura ensayística de las últimas décadas?*, una primera respuesta sería, enton-

ces, que sigue allí, pero como mostrándonos ahora su trama y su reverso, y como transformado en el objeto de una crítica que permite problematizar los marcos de legitimación que garantizaron en un pasado la aceptación naturalizada del postulado de una identidad común.

II

Carlos Monsiváis es uno de los numerosos ensayistas que participan en esta discusión. Recordemos la frase con que cierra el capítulo central de *Aires de familia, cultura y sociedad en América Latina* (2000), el ensayo con que obtuvo el Premio Anagrama: “La cultura iberoamericana existe, pero los modos tradicionales de percibirla han entrado en crisis”.¹⁵ Como él mismo señaló en otros textos e intervenciones públicas, este desplazamiento de la percepción implica una salida de los territorios intelectuales donde antes solía llevarse a cabo un rastreo de los rasgos comunes y el ingreso en una órbita distinta donde la cuestión de la identidad se plantea en los términos más realistas y plurales de un puñado de objetos, historias y problemas compartidos. Así, ante la insistente pregunta de si existe una cultura latinoamericana o no, contesta en Caracas, en 1995, anticipando lo que será un párrafo de su libro premiado:

Sí existe, desde luego, y si no queremos tomar en cuenta los procesos formativos, basta ver, por ejemplo, lo que hoy nos une: aparte del aspecto de las ciudades, bellezas naturales y logros arquitectónicos; las consecuencias de la deuda externa, las asimilaciones e imitaciones de la americanización, los efectos de la economía neoliberal y de la contaminación indetenible, las zonas de arrasamiento ecológico, el auge del desempleo y el subempleo, el fracaso de la educación pública. También, del

¹⁵ Carlos Monsiváis, *Aires de familia*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 63.

lado opuesto, el desarrollo de la sociedad civil con el tema de los derechos humanos en primer plano, la genuina internacionalización de la cultura, la liquidación del sentimiento de lo periférico y la crítica de la modernización.¹⁶

Lo latinoamericano existe así, para el ensayista, no ya como el sustrato cuasi metafísico de una identidad colectiva que recorrería el continente de Norte a Sur y expresaría nuestra irreductible diferencia cultural de cara a la modernidad. Muy por el contrario, como lo indica el título, lo latinoamericano existe como ese aire de familia que nos da nuestras distintas versiones críticas de lo moderno y que nos asocia a un abanico de referencias históricas comunes, a un conjunto de aspiraciones compartidas y a un sinnúmero de problemas económicos, políticos, sociales y ecológicos que se plantean hoy más allá o más acá de las naciones. En este sentido, hablar de una cultura latinoamericana significa referirse menos a una etiqueta que a un foro abierto donde se dirimen y se gestionan nuestras semejanzas y diferencias no solo de cara al pasado sino también frente al porvenir. Para verlo funcionar, basta asomarse a muchas páginas de los ensayos-crónicas del mexicano y también a las de otros ensayistas-cronistas contemporáneos que nos están pintando este nuevo paisaje, como el ya citado Juan Villoro o la argentina Leila Guerreiro.

Ahora bien, ni ellos ni Monsiváis son los únicos escritores que nos permiten comprobar hoy la persistencia y la reformulación crítica del viejo tema en la ensayística más reciente. Apenas un par de años después de que el autor de *Aires de familia, cultura y sociedad en América Latina* obtuviera el Premio Anagrama en 2000, Néstor García Canclini gana a su vez el concurso de ensayo literario de la Fundación Luis Cardoza y Aragón, convocado precisamente en torno a la

¹⁶ Carlos Monsiváis, "La identidad cultural de América Latina", en Manuel Carballo *et al.*, *Realidades y utopías de América Latina y el Caribe*, Caracas, UCV, 1995, p. 129.

pregunta de ¿Qué significa hoy ser latinoamericano?, y lo hace con un libro donde la discusión en torno a unas identidades latinoamericanas auto-gestionadas y auto-contenidas cede su lugar a una reflexión abierta y atrevida sobre las distintas construcciones de que es actualmente objeto lo latinoamericano dentro y fuera de América Latina. Como muchos de ustedes lo habrán anticipado, me estoy refiriendo al ensayo *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo* (2002), un breve volumen en el que se hace un estado bastante completo de la cuestión a la luz de los procesos de globalización y de los nuevos contextos transnacionales donde se genera un discurso desde y sobre el continente.

Como Monsiváis, García Canclini responde en esas páginas afirmativamente a la pregunta sobre la existencia de una identidad latinoamericana; pero más que describirla como un aire de familia, la define como un espacio cultural que reflejaría no ya la unidad sino la diversidad constitutiva de nuestras sociedades y que además se extendería fuera de las fronteras tradicionales de las naciones y de la propio región. Parafraseando a Arjún Appadurai, escribe así que, en la actualidad, “lo latinoamericano anda suelto, desborda su territorio y va a la deriva en rutas dispersas”. Y una página después añade:

Si nuestra composición histórica tan heterogénea hizo siempre difícil definir qué es América Latina y quiénes somos los latinoamericanos, se vuelve más complicado precisarlo en los últimos años al instalarse aquí empresas coreanas y japonesas, mafias rusas y asiáticas, cuando nuestros campesinos y obreros, ingenieros y médicos, forman comunidades “latinoamericanas” en todos los continentes, hasta en Australia. ¿Cómo delimitar lo que entendemos por “nuestra cultura” si gran parte de la música argentina, brasileña, colombiana, cubana y mexicana, se edita en Los Ángeles, Miami y Madrid, y se baila en estas ciudades casi tanto como en los países de los que surgió?¹⁷

¹⁷ Néstor García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 94.

Este desplazamiento y tras-localización de la problemática identitaria constituye indudablemente uno de los aspectos más novedosos del modo en que el ensayo sin orillas reformula la pregunta. Pero la distancia que marca con el ensayo en tierra firme se agranda aún más cuando a la crítica de lo territorial y lo telúrico, le agregamos una reflexión sobre las identidades en términos no ya de esencias fijas sino de móviles representaciones e imaginarios sociales. Porque de lo que se trata ahora no es ya de seguir dibujando un mapa cuyo referente traduzca la más fiel o auténtica verdad sobre el conjunto que forma América Latina. Tal y como lo plantea García Canclini, de lo que se trata es de determinar y analizar cuáles son los contextos donde se construye y reconstruye hoy una cierta idea de América Latina, quién los enuncia para quién y por qué; o dicho en otras palabras, cuáles son las características de estas representaciones, qué implican o presuponen, para qué sirven y a qué o a quiénes se destinan. En este sentido, la manera de reformular actualmente el tema no separa las representaciones de sus efectos y pone de relieve la naturaleza construida, mediada e instrumental de los imaginarios culturales, así como también el papel que desempeñan en las relaciones de poder a nivel mundial.

El nuevo latinoamericanismo crítico que García Canclini defiende en su ensayo, promueve igualmente el apoyo a proyectos de integración regional que conduzcan a la construcción de una forma de ciudadanía latinoamericana y que se nutran de intercambios solidarios, abiertos y sostenibles. Además, constituye una estrategia de proyección y gestión de nuestras propias representaciones, pues, como bien dice el antropólogo mexicano-argentino, “intercalar el nombre *latinoamericanos* en el diálogo global encontrando la medida con que podemos escribirlo, es la condición para que nuestra identidad no sea leída entre comillas”.¹⁸

¹⁸ *Ibid.* p. 107.

La sospecha de la que así se hace eco y la toma de conciencia sobre el uso y abuso de las imágenes de América Latina, marchan al unísono a lo largo de su reflexión y vuelven explícito el telón de fondo sobre el que se desarrolla buena parte del debate sobre la cuestión de la identidad en la ensayística de las últimas décadas. A saber: el de una intensa guerra de discursos y de íconos. Habría varias maneras de describirla a través de los debates sobre la modernidad, sobre los estudios culturales, sobre la teoría postcolonial o incluso sobre nuestras nuevas hornadas literarias. Pero existe una temática que pareciera reunirlos a todos y donde ese telón de fondo se despliega en nuestra última escritura ensayística con una claridad meridiana. Me refiero a la crítica del “macondismo” que atraviesa de punta a punta el continente en los años noventa y dos mil.

Estamos hablando de un tema que, efectivamente, pasa de un siglo a otro y convoca los saberes y las voces más distintas, desde la del sociólogo chileno José Joaquín Brunner, que lo acuña en *América Latina: cultura y modernidad* (1992), hasta la del novelista mexicano Jorge Volpi, que lo trata en *El insomnio de Bolívar* (2009), pasando por los jóvenes escritores emergentes que se reúnen en torno a la antología *McOndo* (1996), o por el ensayo de García Canclini, *Consumidores y ciudadanos* (1995) y el de la investigadora colombiana Erna von der Walde, “Realismo mágico y post-colonialismo: construcciones del *Otro* desde la otredad” (1998). Cada uno de ellos discute y rediscute en diversos momentos la posición preeminente que, a fines del siglo xx, llega a adquirir, en la academia, en el mercado y en los medios, una cierta interpretación de la cultura latinoamericana como totalidad unificada alrededor de un relato de nuestra diferencia, cuyo fundamento es el realismo mágico y cuyo símbolo es la ciudad imaginaria donde, según se sabe, transcurren los *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez.

Son varias las definiciones del “macondismo”, pero los elementos comunes a casi todas nos invitan a verlo como una versión del latinoamericanismo que, gracias a la impresionante difusión internacional de la obra del novelista colombiano y de sus epígonos, asocia América Latina al tenor de sus ficciones narrativas y nos la presenta como un mundo aislado, rural e intrínsecamente pre-moderno o incluso anti-moderno. La literatura realista mágica funge de pilar o de piedra de toque en la medida que es susceptible de dar cuenta de nuestra diferencia, postulando la existencia de una identidad continental profunda, misteriosa e insondable, ajena a cualquier forma de racionalización. El “macondismo” compendia así una poética, una antropología y hasta una metafísica de lo latinoamericano al uso de los extranjeros pero también de los locales. Von der Walde es quizás la que insiste más en ello:

No es tan solo una construcción de la otredad elaborada desde el centro, sino que es incorporado el macondismo como relato de identidad. Originado en América Latina como forma para hablar de nosotros mismos en relación, contraste u oposición a las miradas occidentales, el macondismo aparece para los latinoamericanos como la forma afirmativa de representar el Otro de los europeos y norteamericanos, aparece como una nueva mirada que sustituye a la decimonónica y en la que el relato que sirve de base ha sido suministrado por la propia cultura latinoamericana.¹⁹

La investigadora colombiana concluye que el macondismo otorga sello de aprobación desde adentro a la mirada ajena y legitima las divisiones geopolíticas establecidas por el poder y el saber del Primer Mundo.

¹⁹ Erna von der Walde, “Realismo mágico y post-colonialismo: construcciones del *Otro* desde la otredad”, en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, eds., *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México, Porrúa, 1998, p. 162.

No tengo espacio ni tiempo para ir aquí más lejos sobre este asunto, que, dicho sea de paso, aún sigue dando que hablar. Por lo que nos concierne, baste insistir en que, si la cuestión del macondismo nuclea buena parte de la discusión sobre el latinoamericanismo en el ensayo reciente, lo hace desde una perspectiva eminentemente crítica que le permite erigirse en el punto de encuentro para algunas de las cuestiones intelectuales más importantes de estos años. Pues allí se dan cita no sólo el tradicional y famoso ajuste de cuentas de nuestros ensayistas con una modernidad eurocéntrica, sino además el asunto del papel privilegiado de la literatura en la producción de los discursos sobre América Latina, el peliagudo problema del tráfico de representaciones culturales en los mercados del arte y la edición como escenarios globales donde se formulan estrategias de poder, y la impugnación postcolonial de las construcciones geopolíticas e históricas del *Otro* plasmadas desde posiciones centrales y dominantes del conocimiento.

A la pregunta de *¿qué ha sido del viejo debate sobre una cultura latinoamericana en la escritura ensayística de las últimas décadas?*, la respuesta la hallamos, pues, en las obras de Monsiváis, García Canclini, Brunner y algunos otros. Pero se trata de una respuesta que, en paso del ensayo en tierra firme al ensayo sin orillas, ha convertido lo que antes era una evidencia en el corazón mismo del problema y en el motivo central de la discusión. Es lo que nos resume con lucidez el filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez en un párrafo de “Latinoamericanismo, modernidad y globalización” (1998):

La genealogía muestra que lo que subyace a las representaciones históricas de “Latinoamérica” no es una representación más auténtica sino una voluntad de representación que así se afirma a sí misma en lucha feroz con otras representaciones. Bien lo vio Weber, la racionalización occidental deja sin piso la

idea del fundamento y nos confronta necesariamente con la sensación de que los dioses se han ido para siempre. Es el precio que tenemos que pagar por haber sido cristianizados, modernizados a la fuerza e integrados desde muy temprano a la dinámica nihilista de occidente. Pero es un precio que nos obliga también a reconocer que no podemos escapar a nuestro destino histórico de tener que elegir continuamente y participar en la lucha por la creación de sentido. Quizás al reconocer la contingencia de estas elecciones y negociaciones, al quedar expuesta la configuración intempestiva de lo que somos y hemos venido siendo, al mostrarse la temporalidad de aquello que usualmente percibíamos como estructura universal, podamos evitar seguir fugándonos de nuestro presente.²⁰

III

Si es verdad que un ensayo no pide conclusión, ponérsela a un ensayo sobre el ensayo puede parecer aún más paradójico y contradictorio. Que se me conceda tan solo añadir que, cualquiera que trate de imitar hoy el gesto de Picón-Salas de 1954, tendría que realizar un ejercicio complicadísimo porque ya no podría efectuarlo en ninguna tierra firme, obviamente, sino en un mar abierto e indiferenciado donde para hablar del género habría que evocar continuamente otros géneros y las estrechas y variables relaciones que se establecen entre ellos. Además, habría que prestarle una atención especial no ya a lo que el ensayo haya podido representar como forma histórica sino a su devenir en formas y subjetividades nuevas, imprevisibles e inestables. Asimismo a todas las figuras intermedias donde se expresa hoy un estadio de mestizaje o hibridación mediático-genérica en el nuevo régimen post-estético o post-autónomo. No podría dejar de formar

²⁰ Santiago Castro-Gómez, "Latinoamericanismo, modernidad y globalización", en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, *op. cit.*, pp. 147-148.

parte del ejercicio, claro está, una revisión crítica del latinoamericanismo y el ingreso en un nuevo espacio de discusión abierto donde se administran críticamente las semejanzas y diferencias que nos ha legado la tradición y se combaten los iconos y los discursos del *Otro* elaborados y difundidos desde las posiciones de poder en la academia, en el mercado y en los medios de comunicación globales. En fin, para imitar hoy a Picón-Salas, habría que salirse continuamente del género y de sus temas, o habría que correr tras ellos por otros campos y geografías. Porque yo creo que, en conclusión, del ensayo latinoamericano actual podríamos decir exactamente lo mismo que Néstor García Canclini escribió sobre el latinoamericanismo. A saber: *que hoy anda suelto, desborda su territorio y va a la deriva en rutas dispersas.*

BIBLIOGRAFÍA

- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN, *América Latina: cultura y modernidad*, México, Grijalbo, 1992.
- BEHHAJ KACEM, MEHDI, *Inesthétique et mimèsis. Badiou, Lacoue-Labarthe et la question de l'art*, Paris, Éditions Lignes, 2010.
- CASTRO-GÓMEZ, SANTIAGO, "Latinoamericanismo, modernidad y globalización", en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, eds., *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México, Porrúa, 1998, pp. 122-153.
- DRUCAROFF, ELSA, *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 11, *La narración gana la partida*, Buenos Aires, Emecé, 2000.
- FUGUET, ALBERTO y SERGIO GÓMEZ, *McOndo*, Barcelona, RHM, 1996.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR, *Consumidores y ciudadanos*, Buenos Aires, Gedisa, 2005.

- _____, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- LUDMER, JOSEFINA, *Aquí América Latina*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2005.
- MARTÍN GIJÓN, MARIO, “La blogosfera en el campo literario español. ¿Espacios en conflicto o vanguardia asimilada?”, en Sandra Montesa, ed., *Literatura e Internet. Nuevos textos, nuevos lectores*. Málaga, Universidad de Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2009, pp. 355-366.
- MONSIVÁIS, CARLOS, *Amor perdido*, México, Grijalbo, 1976.
- _____, *Escenas de pudor y liviandad*, México, Grijalbo, 1988.
- _____, *Rostros del cine mexicano*, México, Imcine, 1993.
- _____, “La identidad cultural de América Latina”, en Manuel Carballo *et al.*, *Realidades y utopías de América Latina y el Caribe*, Caracas, UCV, 1995.
- _____, *Aires de familia*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- MORA, VICENTE LUIS, *El lectoespectador*, Barcelona, Planeta, 2012.
- PICÓN-SALAS, MARIANO, “Y va de ensayo” [1954], *Viejos y nuevos mundos*, selección, prólogo y cronología de Guillermo Sucre, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1983, pp. 501-505.
- PIGLIA, RICARDO, *Formas breves*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- _____, *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2005.
- PONTE, ANTONIO JOSÉ, *La fiesta vigilada*, Barcelona, Anagrama, 2007.
- RANCIÈRE, JACQUES, *Le partage du sensible, esthétique et politique*, Paris, La Fabrique Éditions, 2000.
- RICHARD, NELLY, “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana”, en Daniel Mato, ed., *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2005, pp. 455-470.
- SARLO, BEATRIZ, “Del otro lado del horizonte”, en *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literarias* (Rosario,

- Facultad de Humanidades y Artes, UNR, diciembre, 2001, pp. 16-31.
- SCHIFFRIN, ANDRÉ, *La edición sin editores*, Barcelona, Destino, 2000.
- TEDESCHI, STEFANO, “El blog: una nueva frontera del ensayo”, *Revista Iberoamericana*, núm. 240 (julio-septiembre 2012), pp. 657-680.
- VILLORO, JUAN, *Safari accidental*, México, Joaquín Mortiz, 2005.
- VITIER, MEDARDO, *Del ensayo americano*, México, FCE, 1945.
- VON DER WALDE, ERNA, “Realismo mágico y post-colonialismo: construcciones del Otro desde la otredad”, en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, eds., *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México, Porrúa, 1998, pp. 154-173.
- VOLPI, JORGE, *EL insomnio de Bolívar*, Barcelona, Debate, 2009.
- WEINBERG, LILIANA, “El ensayo latinoamericano entre la forma de la moral y la moral de la forma”, *Cuadernos del CILHA*, Mendoza, año 8, núm. 9 (2007), pp. 110-129.
- _____, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI Editores, 2007.